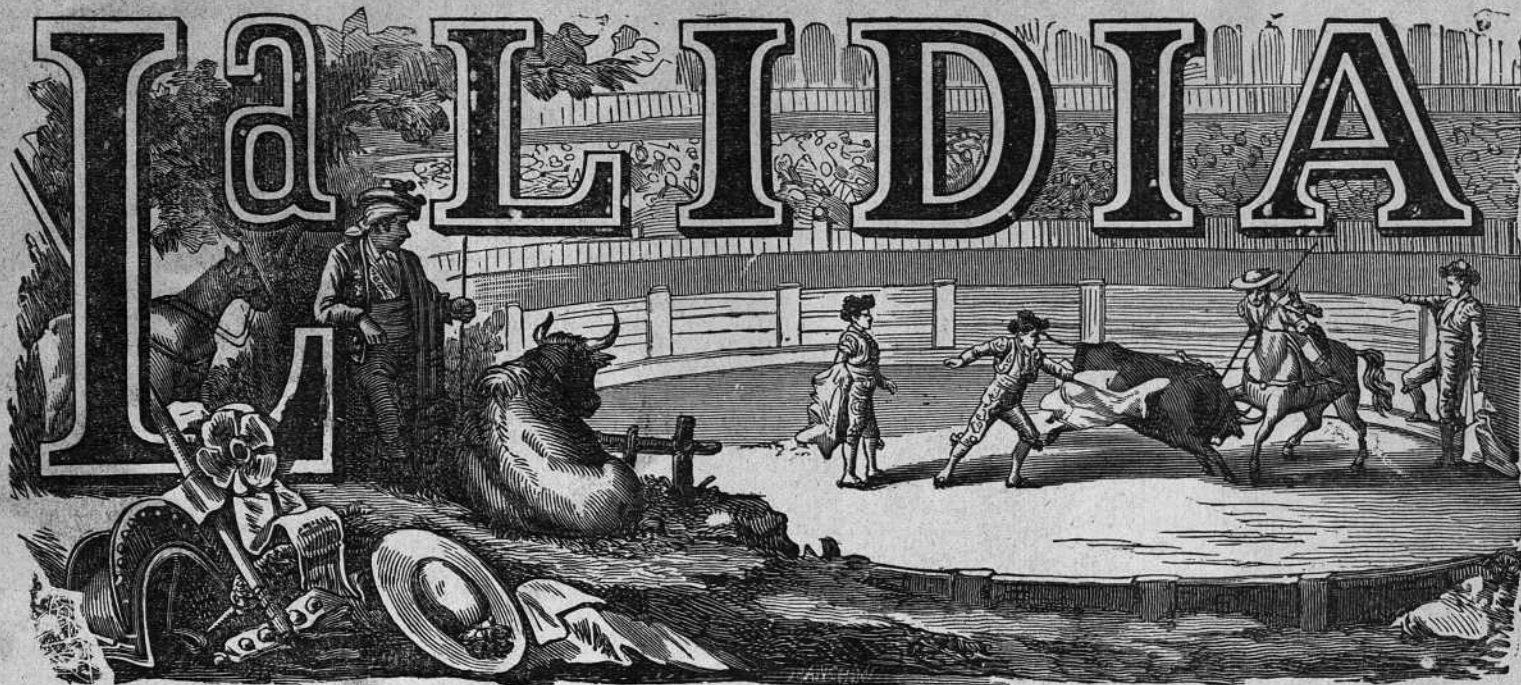


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Los monos sabios, por J. Sánchez de Neira.—La vida parisiense, por Subaquillo.—Recorte, por M. del Todo y Herrero.—Nuestro dibujo.—El trueno gordo, por Don Cándido.

Los monos sabios.

SON necesarios en las Plazas de Toros los monos sabios?

Antes de contestar esa pregunta, bueno será explicar, al menos para que lo sepan quienes frecuentan poco las corridas de toros en los circos principales, quiénes son esos *funcionarios* á los que apenas hay revista taurina que deje de criticar, y aun de tratar con más dureza que justicia, en la mayor parte de los casos.

De muy antiguo vienen conociéndose en el redondel unos mozos de caballos ó de cuadra, que están dedicados á la asistencia de los picadores, ayudándolos á montar, á levantarse cuando caen y á poner y quitar los atalajes á los jacos. Hasta hace unos cuarenta y tantos años presentábanse en el ruedo mal vestidos y hasta desaliñados y sucios, pero el entendido empresario que fué de la Plaza de Madrid, don Justo Hernández, los uniformó del mismo modo que hoy lo están, con corta diferencia, y desde entonces adquirieron ese nombre con que hoy se les distingue, el cual se debe á la siguiente coincidencia.

Por el año 1847 vino á Madrid un extranjero con una cuadrilla de monos que exhibió en un teatrillo llamado de Cervantes, sito en la calle de Alcalá, esquina á la del Barquillo, en la misma casa en que hoy se halla el teatro de Apolo; y aquel industrial tenía de tal modo amaestrada su *troupe* en hacer diferentes habilidades, que el público aceptó de buen grado el nombre de monos sabios que su amo les dió. Aparte de la señorita Batavia y el mono Cocinero, los demás vestían trajes encarnados; y como el uniforme que se hizo llevar á los mozos de caballos en la Plaza de Toros era de igual color, y los muchachos, á excepción de Salerito y el Gobernador, eran feos en su mayoría, la gente de buen humor que ocupaba el tendido y los llamó desde entonces « monos sabios », y con ese apodo se quedaron y continuarán. Entre los Fabeirac, los Montemar y los Alzamora, sonó primeramente ese mote,

que en un solo día quedó impuesto para mucho tiempo.

Los monos sabios—así los llamaremos para entendernos bien—han prestado siempre en el ruedo y fuera de él utilísimos servicios. Han preparado convenientemente los jacos para la lidia desde el momento de la prueba, ya corriéndolos ó arrendándolos á voluntad de los picadores, hasta la presentación en la Plaza. En los momentos de la lidia no se han contentado ni satisfecho con evitar que los toros pudieran herir fuera de suerte á los jacos, para lo cual son habilísimos, apartándolos del peligro, sino que, aun á riesgo de su vida muchas veces, han sido los verdaderos salvadores de los jinetes, ayudándolos poderosamente, antes y al mismo tiempo que los capotes de los espadas. Su trabajo es rudo, constante, y exige que, además de la valentía, demuestren ser infatigables y tener algunos conocimientos de las condiciones de los toros, de sus diferentes *estados* durante la lidia, de las facultades y resabios de los jacos, y de las distintas situaciones que en el redondel ocupen, para colocar oportunamente á los picadores fuera del alcance de un toro que venga suelto en sentido contrario al de la suerte, y para no cometer una torpeza acudiendo tarde á levantar al caballo que, herido ó no, pueda continuar siendo útil en la faena.

De la clase de monos sabios han salido algunos toreros muy aceptables, entre los cuales podremos citar al picador José Marqueti, que fué muy concienzudo, y al matador Felipe García, cuyo valor no puede ponerse en duda; pero no todos cumplen como es regular los deberes de su cargo.

Más de una vez son censurados por el público, cuando por coger del suelo una mala divisa abandonan su obligación y se disputan la presa, faltando en ello al respeto á la autoridad y á los concurrentes. Podría esto disimularse, en algún caso, si no estorbaran la suerte, porque á la verdad, el acto es de poca importancia, y algo ha de concederse al que por un mezquino jornal presta servicios importantes, que puede esquivar, sin que por ello incurra en falta; pero no es eso precisamente lo que merece mayor crítica. Manifiéstase contra ellos el desagrado general cuando apalean bárbaramente á un espirante caballo; y la indignación sube de punto cuando en sus torpes manos toman la puntilla para rematar al que realmente está deseando morir para descansar.

El pueblo, á quien llaman bárbaro los que

gozan en la lucha de los boxeadores y conceden premios á la *ruleta viva* de caballos de carrera, extrayendo su importe del pobre contribuyente, no tolera que al exánime bruto que yace en la arena se le martirice en modo alguno. Mientras ha ido á la lidia endeble y enfermo, si se quiere, pero como medio necesario para sostenerla, no ha parado mientes en él: ha sido un instrumento, como lo es el hacha en manos del leñador, á cuyo impulso obra, y á éste es á quien se concede el valor ó importancia de la operación que ejecuta, no al instrumento; pero una vez caído en tierra el caballo herido, quiere el espectador que padezca lo menos posible, al menos á su vista. Por eso truenan y lanza terribles imprecaciones contra los monos sabios, ¿pero es de estos toda la culpa?

Obsérvese bien que las bestias no se levantan del suelo, ni aun obedecen de pie, si no se les aplica algún castigo, y concediendo esto, claro es que los monos tienen que usar forzosamente la vara para conseguir su intento; podrá censurarse el ensañamiento, que siempre es bárbaro, pero no llevemos tan allá la compasión que intentemos dar bizcochos y hacer mimos á un bruto que cocea y muere.

Tienen la culpa de ese maltrato quienes suministran y quienes admiten para la lidia caballos éticos que ni andar pueden, y á los cuales por lo mismo hay necesidad de arrear á palos despiadadamente. ¿No es vergonzoso el espectáculo constante de ver llevar del diestro al jaco vendado por un mono sabio, y arreado por otros tres ó cuatro para colocarle en suerte frente al toro? ¿Sucedería eso si los caballos obedeciesen al freno y al solo castigo de la espuela ó acicate?

Pues aun tienen más culpa los que no solo consienten sino que autorizan á los monos sabios á usar la puntilla para despenar á los jacos moribundos. Acertadamente dice el Reglamento que hoy rige, que de ese modo sean rematados los caballos que en tal estado se encuentren; pero ¿qué entienden los monos sabios de dar el cachete usado en los mataderos? Así dan uno, seis y más golpes al infeliz cuadrúpedo entre la rechifla general y la ira enérgicamente manifestada, sin conseguir el resultado apetecido.

Para concluir: los monos sabios son indispensables para la asistencia de los picadores en las corridas de toros, siempre que sus funciones se limiten al objeto á que deben destinarse, y la parte odiosa que contra ellos resulta desaparecería en el momento en que una auto-



J. Ferea

IMP. Y LIT. DE J. PALACIOS.

ENTRE CUERO Y CARNE

Po. Esteban y C^o

ARENAL, 27. MADRID.

ridad entendida y enérgica no permitiese pisar el ruedo caballos *sin boca y sin patas*, probados de verdad y no por cumplir, y ordenase además que la puntilla fuese dada á los inservibles por un puntillero diestro en su oficio y acreditado en los mataderos, no por los monos sabios, que para el caso no sirven.

Hay servicios buenos que se han convertido en malos, por el abuso y por la tolerancia ó negligencia de los presidentes, casi siempre inexpertos.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LA VIDA PARISIENSE

CUIDADO, que no me refiero á la célebre opereta de Offenbach!

Podría, no obstante, servir el asunto que tengo sobre el tapete para una segunda parte de aquella deliciosa farsa, si viviera todavía el Orfeo bufo que animaba con su música cosquilleante y retozona las caricaturas escénicas de Meilhac y Halévy.

Entre los agasajos que en el segundo acto de la opereta se prodigan al barón de Gondremark, recién llegado á París, y dispuesto á

*s'en fourrer
jusque-là,
jusque-là,*

esto es, á ponerse como el chiquillo del esquilador, podría figurar «el toro para andar por casa» que ha inventado un periodista parisiense.

Al lado de esa invención, *La soirée de Cachupín* es un engendro tan frío como incoloro.

Mientras alguno de nuestros picapedreros literarios se ocupa en trasportarla al teatro, quiero entretener con ella á mis lectores, «arreglándola» del francés.

Fabricio Cuadrado (vamos al decir, Carré) ha publicado un artículo en *La France* con este título: *De la influencia de la Exposición en las reuniones de la sociedad.*

Hasta ahora—según la tesis del cronista—todo el que trataba de «quedarse en casa» y ofrecer á sus amigos una fiesta animada y divertida, tenía que echar mano siempre de los mismos recursos.

—Tendré que contar ante todo—se decía el dueño de la casa—con las niñas de Mengánz, que ya están bastante ajaditas y no pierden ni un baile desde hace doce ó trece años; pero, en fin, son *decorativas*, y sobre todo, son las únicas que bailan los lanceres con todas las figuras de la tradición. Pues ¿y la de Perengánz? ¿Quién prescinde de la de Perengánz? Vendrá á las doce y media bien dadas, y nos cantará la romanza *Dolce sguardo*, que viene «colocando» en todas las *soirées* habidas desde 1879; pero la tal romanza es ya tan de cajón, que si no la oyeran mis invitados, se llamarían á engaño y hasta torcerían el gesto. ¡Y lo mismo digo si no traigo al chico de las de Zutáñez! Le oiremos por la milésima vez el inevitable monólogo *Los cangrejos*, imitando á Coquelín, y mis amigos saldrán de casa verdaderamente encantados.

Todo eso ha concluido—dice Carré—gracias á la Exposición Universal.

Los parisienses que se queden en casa podrán ofrecer á sus contertulios cosas bastante más nuevas.

¡No más lanceres, romanzas y monólogos!

Las niñas de Mengánz (*mesdemoiselles de Maingnanay*, como si dijéramos,) se plantarán en medio del salón y bailarán un fandango, imitado de las gitanas de la Exposición, con sus correspondientes meneos de caderas y brazos, corregido todo ello—y agravado—con gestos y muecas de señorita parisiense.

¡Qué éxito obtendrán! Hasta es posible que encuentren novio, y gracias al fandango, se vean libres de ellas las tertulias.

La de Perengánz (*madame Perengenville*) renunciará á su *Dolce sguardo*, y saldrá por seguidillas, imitadas también de la *troupe spagnole*. Los invitados se creerán trasladados á Sevilla, y hasta los jugadores de *whist*, que no dejaban las cartas por oír la romanza tan conocida, saldrán del gabinete al salón, se figurarán estar delante de la propia *Macarena* (Carré escribía *Macarrona*), y animarán extraordinariamente la reunión lanzando los *oles* de ordenanza (los *ollés*, escribe Carré).

El cronista advierte al dueño de la casa que todas estas cosas cuestan más caras que las antiguas, porque despiertan la sed y «animan la bebida», como decimos en España.

¿Y para fin de fiesta?

Las de Mengánz han dejado el meneo y emprendido el *flirteo* con sus admiradores. La de Perengánz se ha dejado caer sobre un sofá, muerta de cansancio... ¿Cómo reanimar la *soirée* y concluir la dignamente?

Nada más fácil, gracias á la Exposición... y á las modas españolas.

—Dispone usted—dice el cronista de *La France*—sillas y butacas en forma de circo; deja usted un espacio libre delante de la puerta del salón cuidadosamente cerrada; en seguida distribuye usted á los invitados, en vez de los tradicionales juguetes del cotillón, pi-

cas, banderillas y capotitos de colores; y espera usted la entrada del chico de las de Zutáñez, que vendrá inevitablemente á recitar el monólogo de costumbre.

La señal de su llegada la dará la criada de la casa, á la cual habrá aleccionado previamente un trompeta de caballería.

¡Tararí! Suena el clarín en la antesala; se abre la puerta del salón; penetra en él nuestro héroe, y los convidados empiezan á tomarle de capa, á darle el quiebro de rodillas, á darle bofetaditas en el hocico, á picarle y á banderillearle, gritando: ¡Bravo! ¡Toro! (Así lo pone Carré.)

Claro está que el pobre Zutáñez se asombrará primero, y se resistirá después; pero su asombro y su resistencia serán un encanto más, que dará verdadero carácter taurino á la *soirée*, y aun si ocurre que el cornúpulo improvisado no protesta—es decir, si sale manso—los contertulios tendrán todavía el divertido recurso de agitar unánimemente los pañuelos y gritar, como en la Plaza de Toros de la rue Pergolèse: ¡Vacca! ¡Vacca! (Al texto francés me atengo.)

El cronista parisiense espera distraerse mucho este invierno con el programa que señala á los organizadores de fiestas de sociedad; pero advierte á los lectores que la parte taurina del programa requiere cierto tacto y discreción.

Los caballeros deberán guardarse muy bien de mirar á la señora que tengan al lado cuando griten: ¡Vacca! ¡Vacca!

Deberá también evitarse, en lo posible, que el papel de toro lo desempeñe un casado.

¿Qué opinan de todo esto mis lectores madrileños? Conviengan conmigo en que tienen gracia, y tal,—como dice el Regatero—las ocurrencias del colaborador de *La France*, que en vez de Cuadrado se debería llamar Redondo, por lo bien que «redondea» lo que escribe, y porque merecía ser tocayo de nuestro ilustre Chiclanero.

¡Ollé! ¡Ollé! (cómo el dice.)

Aunque no logre aclimatar en la vida parisiense las innovaciones que señala,

el intentarlo solo es heroísmo,

y me apresuro á proponer que se abra en las columnas de LA LIDIA una suscripción para regalar al diestro parisiense una muleta de honor, en premio á la habilidad con que trastea á sus compatriotas.

SOBAQUILLO

RECORTE

—¿Fuiste ayer á los becerros?—
preguntó Blasa á Balbina.

—Sí, estuve con la vecina

—Y ¿qué tal *Espantaperros*?

—Así, regular tal cual;

desigual é inoportuno:

consiente como ninguno,

pero *consume* muy mal.

M. DEL TODO Y HERRERO.

NUESTRO DIBUJO

Frecuente es, por desgracia; tan frecuente, que apenas si transcurre corrida sin que suceda el que se estropee un toro al encontrarse por largo rato con la garrocha envainada *entre cuero y carne*.

Son tan escasos actualmente los buenos picadores, y reúnen los que hay, por punto general, tan limitadas condiciones para desempeñar á satisfacción su cometido, que lo que antes rara vez acontecía, lo tenemos hoy á diario.

Es indudable que de la ejecución del primer tercio depende en gran parte el que las reses lleguen á los dos restantes en mejores ó peores circunstancias para originar una bonita lidia ó una desastrosa brega. No necesitamos, pues, insistir en demostrar la importancia que entraña la suerte de varas como principio y norma de la faena subsiguiente.

Mas como quiera que estas reflexiones no cruzan por la mente de la caballería taurina, hánse dado hace ya algún tiempo á pinchar y rajar de tal modo, que no hay animal, por codicioso y duro que sea, que resista tal sistema.

Lo mismo es ver un toro que pega y acomete con bravura, que rasgarle la piel en una paletilla ó dejarle atravesada la pica en la forma que representa el cronista que acompaña al presente número. Un bicho así tan torpemente castigado, se recela y huye de la suerte, dificultando el éxito del trabajo restante, y causando disgusto en los matadores por los mayores obstáculos que tienen que vencer para su muerte, y en el público por lo deslucido y prolongado que suele resultar el acto.

Algunas veces la concurrencia se venga de la impericia de los piqueros con expresivos epítetos y arrojándoles naranjas y otros objetos, á más de pedir á gritos la desaparición del culpable; pero esa explosión de desagrado suele ser pasajera, y en la siguiente corrida es fácil ver repetido el mismo accidente.

EL TRUENO GORDO



NADIE le ha cogido de susto.

En toda enfermedad hay síntomas tan característicos, que al presentarse, todo el mundo sabe á qué atenerse tocante á sus resultados; y que la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid se encontraba atacada de gravísima dolencia, no podía ocultarse ni aun á los más indiferentes por el espectáculo nacional.

Y así era en efecto. El público se había convencido, al terminar la segunda serie del último abono, ó sea la primera temporada de este año, que una tenaz anemia debilitaba progresivamente á la individualidad ó sociedad encargada del primer circo taurino de España, y desde ese momento siguió paso á paso y con especial atención los estragos del mal.

Ni el descanso de la canícula, ni el aumento de doctores en tauromaquia, en el que tan fecundo ha sido el año, ni otras circunstancias que pudieran aducirse, fueron bastante á reponer sus mermadas fuerzas, hasta el punto de que, á pesar de los recursos y paliativos empleados al terminar el estío, el enfermo se hallaba ya casi sin movimiento y perdiendo á la par que la fuerza física, la autoridad moral sobre sus servidores.

Prueba de ello, que por andar los más antiguos visitando exposiciones sin exposición y los más modernos recorriendo diversos puntos del interior, se permaneció en la más deliciosa pasividad y sin que los lamentos del paciente fueran bastantes á atraer á su lado los remedios que tal vez hubieran podido prolongar algo sus días.

En esta situación, y retirándole poco á poco su apoyo esa entidad, que tan necesaria es para cuanto se emprenda, ¿cómo no sospechar que el desenlace avanzaba rapidísimamente?

Las siguientes prescripciones, publicadas por algunos periódicos, indicaron bien claramente que se había entrado en el periodo de agonía.

«Desde primero de Noviembre próximo la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, correrá á cargo de tres conocidos ganaderos sevillanos.»

«Los Sres. Mazzantini y Romero Flores, han hecho cesión de la Empresa de la Plaza de Toros de esta corte á tres conocidos ganaderos sevillanos, habiendo cumplido religiosamente con todos sus compromisos.»

A partir de este punto, sólo restaba recibir la esquila de defunción, y ésta apareció el sábado pegada al mostrador del despacho de billetes, en varias esquinas y en los diarios de más circulación, con un contenido, más ó menos aproximado, como el siguiente:

«Por torear fuera de Madrid Lagartijo, Pastor y Guerrita, y haber pedido salida Frascuelo, no se puede organizar la 15.ª corrida de abono, y sí la novillada anunciada.»

No conviniendo verificar en los primeros domingos de Noviembre las dos últimas corridas de la temporada, de la tercera serie de abono, la Empresa devolverá á los abonados el importe de los billetes adquiridos para las dos corridas, en los días 29, 30 y 31 del corriente.

Madrid 25 de Octubre de 1889.—El Empresario, *M. Romero Flores.*»

Requiescant in pace. Amén.

Paz á los muertos, repitamos, y guarde nos siquiera el novenario, toda vez que sobre el asunto necesariamente hemos de volver para examinar la herencia que deja el difunto, y enterar á los lectores de LA LIDIA de la adjudicación y partición del capital de desaciertos reunido en su breve existencia, y de los propósitos de los herederos para con el público, su tutor.

Pero antes de terminar, permítansenos tres únicas observaciones.

La salida de Frascuelo indicada en el aviso, es, según nuestras noticias, una *salida de tono* de la Empresa (?), puesto que el diestro no ha pensado *salir*, como no sea *de casa*.

Dice el citado anuncio: «No conviniendo verificar, etc.» ¿A quién? Suponemos que á la Empresa; pero ante los derechos de cientos de abonados, la Empresa es un grano de arena.

Y, finalmente, una metamorfosis original. Los seis toros de D. Juan Vázquez que habían de lidiarse en la corrida suspendida el día 20, se han anunciado para lidiarlos el 27 por el indispensable Pepete y el sevillano Gorete; convertidos los toros en novillos (!!!) ¡Qué cosas!

DON CÁNDIDO.